

**PUBLICACIÓN ANTICIPADA EN LÍNEA** (Versión previa a la diagramación). La Revista Tesis Psicológica informa que este artículo fue evaluado por pares externos y aprobado para su publicación en las fechas que se indican en la siguiente página. Este documento puede ser descargado, citado y distribuido, no obstante, recuerde que en la versión final pueden producirse algunos cambios en el formato o forma.



# La gestión política de la muerte: una mirada a la producción y el tratamiento de los cuerpos en el conflicto armado

The Political Management of Death: A Look at the Production and Treatment of Bodies in the Armed Conflict

Andrea Teresa Castillo Olarte\*

**Para citar este artículo:** Castillo-Olarte, A. T. (2023). La gestión política de la muerte: una mirada a la producción y el tratamiento de los cuerpos en el conflicto armado. *Tesis Psicológica*, 18(1), XX-XX.

## Resumen

Los distintos esfuerzos por generar procesos de paz y sus logros (negociaciones, acuerdo para la terminación del conflicto armado, construcción de memoria colectiva, reparación de víctimas) no suponen la invisibilización del pasado como si solo se tratara de un cambio de página en el libro de la historia de nuestro país: un antes y un después, en blanco y negro, sin matices. En este marco, el presente artículo plantea una reflexión sobre el lugar de los cuerpos en el conflicto armado, como una forma de continuar aunando voces a las narraciones diversas que permitan la no repetición del horror y crueldad que ha representado la guerra y comprensiones amplias sobre nuestra historia, una mirada en el presente de lo que significó en el pasado la disputa vida-muerte relatada a través de los cuerpos. Propongo un análisis frente al lugar de los cuerpos en el conflicto armado y la “gestión de la muerte” desde dos perspectivas: la producción de cuerpos en la guerra a partir de las narraciones de hombres excombatientes de la guerrilla FARC-EP y exparamilitares, y, por otra parte, el tratamiento de los cuerpos a través de lo que denomino *rituales gore*, anclados en las dinámicas de las economías de muerte. Dichos análisis se engloban

---

\*\* Trabajadora Social. Docente de la Escuela de Comunicación Estratégica y Publicidad, Universidad Central. Magister en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos. Correo electrónico: acastillo0320@gmail.com

en la dimensión política de los cuerpos y las relaciones de poder incrustadas en estos.

**Palabras claves:** cuerpos; gestión de la muerte; tanatopolítica; conflicto armado; rituales gore; economía de guerra.

### **Consideraciones iniciales: situando(me) en el contexto en el que se escribe el presente artículo**

*Llamamos a sanar el cuerpo físico y simbólico pluricultural y pluriétnico que formamos como ciudadanos y ciudadanas en esta nación. Cuerpo que no puede sobrevivir con el corazón infartado en el Choco, los brazos gangrenados en Arauca, las piernas destruidas en Mapiripán, la cabeza cortada en El Salado, la vagina vulnerada en Tierra Alta, las cuencas de los ojos vacías en el Cauca, el estómago reventado en Tumaco, las vértebras trituradas en el Guaviare, los hombros despedazados en el Uraba, el cuello degollado en el Catatumbo, el rostro quemado en Machuca, los pulmones perforados en las montañas de Antioquia, y el alma indígena arrazada en el Vaupes. Llamamos a liberar nuestro cuerpo simbólico y cultural de las trampas del temor, las iras, las estigmatizaciones y las desconfianzas.*

*Francisco de Roux*

*Julio de 2022*

Estas palabras del padre Francisco de Roux en la presentación del informe final de la Comisión de la Verdad no son solo una referencia metafórica al desmembramiento que el conflicto armado le perpetró a Colombia, hablan de la importancia y centralidad de relatarnos a partir de los cuerpos: encarnar nuestra historia, de las huellas que han quedado en quienes directa o indirectamente hemos sido parte de uno de los conflictos más duraderos. En este sentido, en el presente artículo planteo un análisis en torno al lugar que ocupó el cuerpo en el conflicto armado, recurriendo a las voces de hombres excombatientes de las FARC-EP y exparamilitares, para intentar ampliar el espectro desde el cual se han generado las comprensiones frente a lo vivido en nuestro país durante más de 50 años y, de este modo, plantear la discusión sobre las dinámicas de unas economías de guerra: economías de muerte que produjeron y trataron (y que seguirán haciéndolo) cuerpos para sostenerse.

Propongo un análisis desde dos perspectivas. La primera, frente a cómo los cuerpos de hombres

pertenecientes a la guerrilla de las FARC-EP y al grupo paramilitar AUC fueron “producidos” con el ánimo de perfilar una masculinidad militarizada y de sedimentar unos capitales corporales y simbólicos que garantizaban combatientes con la capacidad de gestionar la muerte. La segunda perspectiva intenta recoger reflexiones en torno al tratamiento de los cuerpos en el marco del conflicto, desde la normalización de prácticas que no pueden ser relatadas lejos del horror y la crueldad que en tanto acciones sistemáticas y rodeadas de sentidos y significados se asemejan a prácticas rituales: *rituales gore*.

El cuerpo aparece atravesado por un conjunto de fuerzas y tensiones que representan la dimensión tanatológica del conflicto armado y no porque *per se* la guerra suponga la relación directa, cotidiana y normalizada con la muerte, sino porque es en estos contextos donde intereses y relaciones de poder se asumen, encarnados en quienes directa o indirectamente entran en la disputa aceptación-oposición a un orden establecido. En sintonía con lo planteado por Esposito (2006), estamos frente a una dialéctica tanatopolítica destinada a condicionar la protección de la vida a la consumación de la muerte.

Podemos entonces afirmar que esa dimensión tanatopolítica del conflicto armado supone la sedimentación del poder para la administración de la vida y la muerte; es decir, una política que sustenta una economía de guerra en la que el cuerpo, como lo plantea Perosino (2011), no es *res extensa*, sustancia, materia, sino el lugar material del conflicto y de las condiciones de prevalencia y sujeción, jerarquía y resistencia en las que el fenómeno de la muerte no escapa a los contornos de lo tanatopolítico, ya que debe ser administrada, dispuesta y controlada (p. 9).

Lo anterior permite una mirada particular a las narraciones y reflexiones que dan lugar al presente artículo en el que, si bien no me ocuparé de rastrear en clave genealógica la noción de tanatopolítica, es importante situar sus aportes para comprender las disputas y tensiones al asumir la dimensión política de los cuerpos. Las referencias a la tanatopolítica y las prácticas sobre la gestión política de la muerte se recogen en los estudios sobre la producción de los cuerpos en la Alemania Nazi (Foucault, 1975a; Esposito, 2006); en el planteamiento de la relación entre el racismo y el genocidio de las “colonizaciones”, donde las matanzas estuvieron justificadas en términos biológicos y políticos desde el evolucionismo y el darwinismo social (Castro-Gómez, 2007), y en el abordaje sobre el tratamiento de los cuerpos desaparecidos en las dictaduras en los países del sur del continente (Perosino, 2011), entre otros estudios y aproximaciones. Para el presente artículo, se propone una mirada de los cuerpos en el conflicto armado entendiendo que

la producción y tratamiento de estos se dieron en el marco de una administración de la muerte —tanatopolítica— tendiente al sostenimiento de una economía de guerra.

Por otro lado, es preciso mencionar que cuando refiero el lugar del cuerpo no solo hablo de una posicionalidad material o de un ente que se asemeja a la externalidad dotada de una esencia (que va por dentro): apreciaciones del cuerpo derivadas de las representaciones dualistas entre cuerpo/razón, razón/emoción, las cuales son parte de las escisiones propias de las lógicas modernas que han dado lugar a una forma de narrarnos como sujetos que privilegian la idea de un ser que toma “forma” a través de una materialización desde la que se ubica al cuerpo como una representación física externa al ser. Hablo también desde planteamientos que cuestionan dicha realidad, dentro de los que resultan útiles los de Cabra y Escobar (2014), quienes presentan la crítica a la perspectiva dual entre ser/tener un cuerpo. Los autores emplean la noción de corporalidad como el “esfuerzo por hacer visible el hecho de que el cuerpo implica una experiencia que va más allá de su materialidad biológica, y que las significaciones de la vivencia corporal inciden con mucha fuerza en la configuración de la subjetividad” (p. 36). Este se constituye en punto de partida para hablar del lugar de los cuerpos en el conflicto armado, al traer los relatos que son narrados desde el cuerpo y los significados que a partir de allí se tejen.

En este sentido, apunto al reconocimiento de los cuerpos desde dos perspectivas. La primera de ellas en términos de “producción” para la guerra, la cual dialoga con lo que se ha denominado el giro corporal en América Latina y el interés por indagar por las tensiones en procesos de subjetivación y de experiencia y representación de lo cotidiano, que en este caso sería la vivencia directa del conflicto armado. Frente a la segunda perspectiva (el tratamiento de los cuerpos), exploro la relación con lo que en dicho giro se referencia como prácticas materiales y discursivas que se encuentran cara a cara con la crudeza de realidades humanas (Castillo, 2015).

El recorrido de las perspectivas conceptuales de las que parte este trabajo iniciaron en el 2017 con la investigación: “Masculinidades guerreras: subjetividades en el posconflicto”, seguida en el 2018 con la indagación: “Masculinidades y posacuerdos: experiencias cotidianas de reincorporación”<sup>1</sup>, que han continuado con el trabajo y las cercanías a los procesos de

<sup>1</sup> Las dos investigaciones mencionadas fueron desarrolladas por el (en su momento) Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos (IESCO) de la Universidad Central. Estas trayectorias se han complementado con el despliegue de dos investigaciones más: “Subjetividades y economías comunitarias, experiencias en el Espacio Territorial de Capacitación” y “Reincorporación (ETCR), Icononzo, Tolima. Fase I y II”, en los años 2019 y 2020 respectivamente. Si bien estas dos últimas tuvieron un enfoque distinto (hacia la reincorporación económica), permitieron la continuidad de una línea analítica y reflexiva de la realidad vivida por hombres con experiencias directas del conflicto armado tanto en sus vidas guerrilleras como en lo que se ha denominado la vida civil.

reincorporación de los hoy firmantes de la paz.

Así, los análisis y reflexiones han emergido de las propias historias de vida de nueve hombres excombatientes: cinco hombres pertenecientes a las FARC-EP y cuatro hombres exparamilitares, quienes tuvieron una experiencia directa del conflicto armado<sup>2</sup>. Si bien es cierto que los estudios no se plantearon con un propósito comparativo, a lo largo del ejercicio de análisis de la información aparecieron diversos contrastes, por ello tanto las voces que aquí se recuperan, como las que han quedado en otras publicaciones<sup>3</sup> no están puestas en clave de generalidades, sin contrastes —en blanco y negro—, sino que permiten una aproximación particular desde el matiz que representa la particularidad de cada historia.

Situando las perspectivas conceptuales y metodológicas que han dado lugar a los hallazgos que aquí se plantean, propongo el desarrollo de las reflexiones en dos apartados: en el primero me interesa dar cuenta cómo los grupos tanto guerrillero como paramilitar han generado formas de disciplinamiento y producción de los cuerpos, con el ánimo de perfilar hombres combatientes con capacidades para gestionar la muerte, aniquilar y enfrentar el rigor de la guerra, el manejo estoico de las emociones y la configuración de una masculinidad útil para los fines e intereses tanto individuales como colectivos que han sostenido la guerra. En un segundo apartado, siguiendo la referencia de Sayak Valencia (2010) a las dinámicas de violencia extrema, cruenta y de horror en contextos de conflictos, propongo el abordaje de los rituales gore en relación con las prácticas discursivas y materiales que dieron lugar al tratamiento de los cuerpos: perpetración, desaparición, aniquilación, desmembramiento y cremación, desde lo que Segato (2013) refiere como pedagogías de la crueldad.

### **Hombres para el combate: producción de los cuerpos en el conflicto armado**

Desde diversos abordajes del conflicto armado se ha afirmado que la guerra moldea los cuerpos, que se encarga de hacerlos dóciles, disciplinados e idóneos para la supervivencia y el combate

---

<sup>2</sup> Las investigaciones se llevaron a cabo a partir de un diseño biográfico-narrativo, donde se recogen las particularidades de los hombres entrevistados. En aras de dar cuenta de los contrastes de sus historias, cabe mencionar que los excombatientes de las FARC-EP pertenecieron a distintos frentes y por ello vivieron su vida guerrillera en geografías diversas del país. Frente a los paramilitares, todos ellos pertenecieron al Bloque Central Bolívar (BCB). El diseño biográfico y narrativo se complementó con aproximaciones al espacio de reincorporación en Icononzo, Tolima, así como con observación participante, revisión documental y notas de prensa. Cabe mencionar que en todo este proceso he participado en cálida de coinvestigadora.

<sup>3</sup> Principalmente en el artículo de Neira-Cruz y Castillo (2020), donde aparecen algunos de los relatos de hombres excombatientes de las FARC-EP y exparamilitares de las AUC que aquí se retoman.

contra un enemigo. Sin embargo, parte de las narraciones de excombatientes de las FARC-EP y exparamilitares permiten cuestionar estas afirmaciones, pues se considera que la guerra no constituye la fuerza determinante para “producir” la corporalidad definida de un hombre combatiente. Basta con explorar algunas lógicas de saber/poder que sustentan un conjunto de discursos, marcos valorativos y prácticas que se han instaurado sobre el cuerpo (no necesariamente en escenarios de guerra) en lo cotidiano que dan paso a los estereotipos, prejuicios e itinerarios desde los cuales se leen los cuerpos: escenarios militarizados, prácticas deportivas con una alta carga de hostilidad, resistencia y vigorosidad, y mensajes explícitos en medios de comunicación, son solo parte de las ideas que circundan, toman fuerza y determinan las experiencias corporales de los sujetos. Lo anterior plantea un contraste con lo que Aranguren (2007) denomina la discontinuidad entre el ser guerrero y el ser humano “del común”, pues ambos hacen parte de una sociedad con códigos y prácticas militarizadas que en la guerra constituyen un punto de partida:

En el “ser guerrero” parece emerger una discontinuidad respecto al ser humano “corriente”, parece entreverse una serie de señales y signos que marcan diferencia respecto a la cotidianidad de cada ser humano. Esta se manifiesta, por ejemplo, en las corpulencias logradas por la instrucción y el entrenamiento, en las posturas interiorizadas tras la marcha y el combate continuos, en los tocados especiales que recubren e invisten sus cuerpos, en la destreza en el uso de armas y en las actitudes para enfrentar la muerte (p. 248).

De acuerdo a los discursos militarizados que circulan y son apropiados en las sociedades es posible afirmar que la guerra no moldea en su totalidad una forma de ser hombre, sino que se encarga de “perfilar” un trabajo que ha sido iniciado en distintas instituciones (la familia, la escuela, el trabajo) donde se reproducen corporalidades que se imponen como modelo válido y deseable en el que se despliega la virilidad como gran atributo.

Las narraciones de hombres con experiencias directas en el conflicto armado coinciden al referirse a la iniciación e instrucción militar: *“el entrenamiento es tan duro que la guerra es un descanso”* es la forma en que es posible dar cuenta del proceso de “incorporación” de un conjunto de atributos que un hombre combatiente debe portar, pero que para muchos no se asume desde la rudeza que en el imaginario circula como lo encontramos en un relato por parte de un excombatiente de las FARC-EP, al referirse al entrenamiento:

Para mí no fue nada duro, sino fue antes divertido porque había amigos allá, entonces para mí el cambio no fue duro, uno por el trabajo, pues estaba acostumbrado al trabajo, y lo de la lucha revolucionaria pues ya estaba acostumbrado también, entonces para mí no fue nada difícil, para mí fue una experiencia muy buena (Entrevista, excombatiente de las FARC-EP, 2017).

Lo anterior hace visible dos escenarios. Por una lado, es posible afirmar que el entrenamiento de “un guerrero” empata con los discursos y prácticas que docilizan, disciplinan y adoctrinan los cuerpos en la sociedad desde los mandatos culturales y sociales. Por otra parte, el entrenamiento es una forma de dar continuidad a las trayectorias vitales de algunos hombres, las cuales se han configurado gracias a las condiciones del país: resistencia física, trabajo en el campo, trabajos en minería, trabajos ilegales (como raspachines de coca), que van moldeando un modo de ser guerrero que se aleja del estereotipo y por tanto no tiene que ver con un ideal de belleza, musculatura, entrenamiento táctico y pensamiento de victoria, sino que hacen parte del devenir de la experiencia en la guerra, con el despliegue de una lista de características necesarias para que un hombre pueda afrontar la realidad de un país violento.

El cuerpo adquiere un tipo de resistencia muscular para subir montañas, filos, banquetas, pero no es un cuerpo que resista todo, “ni tampoco ese tipo de imagen que muestran en las fuerzas militares: “los hombres de acero” no, nosotros no, también sentimos cansancio” (Entrevista, excombatiente de las FARC-EP, 2017).

La metáfora del *hombre de acero* constituye un modo de representar cuerpos militarizados que asociados a las fuerzas militares del Estado y la influencia de los medios de comunicación refieren a su vez una imagen estereotipada de “cuerpos producidos” para ser dotados de atributos que determinan un estatus diferencial y como representación de seguridad y cuidado; como aparece en la narración de uno de los excombatiente de las FARC-EP al hacer la diferenciación entre “los ejércitos burgueses” (como él lo denomino en relación a las fuerzas militares del Estado), los ejércitos revolucionarios y la imagen de sujeto que cada uno crea; en su lógica, los entrenamientos, el significado del cuerpo, las experiencias corporales y lo que está y no está permitido se miden de manera distinta, así entonces, el referir cansancio, agotamiento, pérdida de la voluntad e iniciativa (“la moral” en el lenguaje militar) son válidos, hay lugar para ellos en los combates.

Como lo he mencionado, el entrenamiento y el disciplinamiento del cuerpo son asumidos como

parte del despliegue de los mandatos culturales y los discursos que en la sociedad circulan o como continuidad a los trayectos de vida. Sin embargo, en los relatos de exparamilitares que pertenecieron a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) aparece un elemento adicional: se evidencia la tensión entre la sensibilidad reflejada por el dolor, el esfuerzo y el sufrimiento propio con el horror hacia otros como dispositivo de entrenamiento, esto es una gestión de la muerte como pedagogía para producir cuerpos para el combate. Aquí no se trata entonces de “acondicionar” cuerpos individuales para la guerra, sino la exhibición del sufrimiento como parte de la adherencia a un discurso colectivo mediado por una supuesta superioridad moral que define el lugar de los que transgreden los marcos normativos, como aparece en el relato de uno de sus excombatientes:

Empezó la instrucción dura, muy dura; lo meten en un cuarto así oscuro y le tiran una granada de humo y el comandante entra con un garrote dándonos palo con la consigna de que el guerrillero es maldito y que hay que combatirlo y usted se va levantando convencido de que el guerrillero es un enemigo y que hay que combatirlo sin saber porque (...) los cánticos eran importantísimos, usted cantaba y trotaba y eso iba permitiendo y haciendo mella en el enemigo imaginario, un enemigo que no conoce ni le ha hecho nada [haciendo referencia al primer día de entrenamiento] (...) dijo mujeres píquenlo, eso para mí era un mito, cogieron un machete y yo Dios santo, y se notó mi preocupación y casi que me desmayé, él [el comandante] me dijo, niche que le pasa; no señor nada, yo me estaba confundiendo, yo me quería ir ya (Entrevista, exparamilitar, 2017).

El contraste entre la experiencia personal de disciplinamiento y la exhibición del sufrimiento del otro constituyen una parte esencial del entrenamiento, un escenario que representa la crueldad propia de la guerra y la confrontación entre un ideal moral que aboga por lógicas y prácticas heteronormativas y contrainsurgentes que hacen de la figura del enemigo una “esencia malvada”. Dicho ordenamiento moral, ideológico y discursivo requiere su defensa y el uso de cualquier herramienta “ejemplificante” y demostrativa como medio para la definición del perfil de una masculinidad militarizada.

Al respecto, la teoría de género y los estudios sobre las masculinidades permiten el análisis de fenómenos sociales sedimentados en las asimetrías del poder y las jerarquías que se sostienen gracias a la violencia. La militarización es uno de estos fenómenos que han estado sustentado en discursos públicos y que no solamente privilegian el uso de la fuerza, el sostenimiento y financiamiento de fuerzas militares, sino que además se expanden a otras esferas de la vida.

La construcción de masculinidades militarizadas se asocia con discursos y prácticas sobre los

cuerpos que han sido sostenidos por un marco de valores que legitiman la violencia, el miedo, el peligroso discurso de la seguridad y la anulación de la otredad mediante el binarismo víctima-victimario, que se ha denominado la dicotomía moral de buenos y malos. Así, la militarización constituye subjetividades a partir de una especie de *ethos* bélico, que desde la idea de *dueñidad* (Segato, 2019), legitima la violencia, la guerra y el uso de las armas en nombre de la defensa de la propiedad privada.

Como lo plantea Neira (2021), las masculinidades militarizadas son aquellas que se erigen de la mano de nuestra historicidad belicosa; son masculinidades desplegadas en el marco de la guerra, desde el ejercicio de la violencia de las armas (p. 18). En este sentido es imposible definir la militarización y la incidencia en la producción de la masculinidad fuera de la matriz colonial, capitalista y patriarcal desde la cual ha sido concebida una forma legítima de corporalidad. La exposición a la masculinidad, la capacidad cruel y letal, como una forma de exhibir la falta de sensibilidad compasiva, constituyen “una prueba exigida, indispensable, en ciertos ambientes”. Y esa “masculinidad”, así construida y comprobada, resulta perfectamente funcional para la actividad mafiosa, para el accionar del crimen organizado (Segato, 2013, p. 56). Se trata entonces de cuerpos producidos para la guerra capaces de demostrar no solo la fuerza física, el repliegue de las emociones y la exacerbación de la figura del enemigo por medio del entrenamiento ideológico-militar, un disciplinamiento que da cuenta de un despliegue de la corporalidad de hombres que definen su modo de ser en torno a la superioridad moral e insensibilidad frente a quien quebrante el orden defendido, la crudeza y el horror como máxima representación de la virilidad.

Pero el trato, no es un trato muy decente, de hp pa arriba, un man con un machete de esos, dándole plano al que se dejara alcanzar de él y el castigo el que usted se tragara, (...) Llegaba un teniente que nos sacaba la mierda y le decía a otro que ya estaba muy mamado, ¡cójase la huevas!, ¡Ya me las cogí! ¿Diga qué es? ¡Yo soy un hombre, pero estoy mamado!, por cada llorón voltean más, y entonces volteábamos (Entrevista, exparamilitar, 2017).

La resistencia, el valor, el vigor, la potencia del “guerrero” son parte de la muestra de la cohesión y uniformidad de cuerpos plausibles dispuestos en sincronía para los fines del momento, como lo manifiesta uno de los excombatientes de las FARC-EP y el tránsito de cuerpos dispuestos para la guerra a cuerpos en consonancia con el orden discursivo de turno:

El cuerpo para nosotros significa esperanza porque por medio de nuestras actuaciones revolucionarias, pues tratamos de crear una sociedad, no utilizar nuestro cuerpo en contra (...) [hablando del proceso de reincorporación] Lo importante, es que este cuerpo y el cuerpo de toda la unidad de las FARC a nivel nacional, estamos dispuestos a darlo todo por la paz (Entrevista, Excombatiente de las FARC-EP, 2017).

Es posible afirmar que la constitución de una subjetividad fundada en el colectivo parte no solo de la mera pertenencia a un grupo, organización o institución militar, sino que se da en las configuraciones individuales del sujeto, su forma de narrarse desde el “yo” y el tránsito hacia un “nosotros”, lo cual está relacionado con las tensiones en los modos de percibir y vivir su corporalidad a la vez que exige reconstruir un conjunto de prácticas en respuesta al estatus del guerrero. La adherencia al aparato ideológico, la formación política, las rutinas compartidas y las experiencias límite convocan las fuerzas de los cuerpos disciplinados para garantizar el funcionamiento del aparato ideológico.

Así, los discursos basados en el “nosotros” permiten reconocer cómo la guerra constituye un orden normativo sobre los cuerpos que es instituido como lo que Foucault (1975b) denominó la red singular de saber y poder, un entramado establecido por el marco valorativo que circula, las relaciones y jerarquías establecidas entre los sujetos (comandantes, superiores, jefes) y las prácticas que materializan los repertorios de guerra. Dicho despliegue implica asumir los cuerpos como argumento político que deviene en una estructura biopolítica-social, edificada por la expropiación del control sobre el cuerpo de los sujetos (Segato, 2013); es decir, la intervención no solo sobre un territorio, sino sobre el cuerpo del otro como anexo a ese territorio: la representación de la dupla saber-poder y los quiebres en el ejercicio de dominio sobre los cuerpos.

Ha sido en la guerra donde se han estructurado mecanismos contundentes como los cánticos, el tratamiento de los cuerpos y el entrenamiento físico, los cuales establecen una constante cercanía con la muerte; de allí que el “tratamiento” de las emociones y el estoicismo perfilen a un hombre firme, pero al tiempo sereno e inquebrantable, con la suficiente claridad a la hora de tomar decisiones de las que depende la vida propia o la ajena (Neira-Cruz & Castillo-Olarte, 2020).

### **Rituales gore: cuerpos “tratados” y la gestión de la muerte en el conflicto armado**

En la guerra, “lo normal” es la muerte como desenlace, en muchas ocasiones, esperado. La muerte, el dolor y el sufrimiento fueron parte de las cotidianidades del conflicto armado en

Colombia, experiencias límite de la crueldad y el exceso convergen en el *performance* como aquel espacio en el que los cuerpos son tratados desde unas formas de gestionar la muerte, como lo plantea Segato (2013):

El espectáculo de crueldad no es otra cosa que la propia capacidad de muerte y la insensibilidad extrema frente al sufrimiento; es decir, un trazo cultivado con esmero (...) que transforma a los hombres en guerreros tribales o en soldados modernos. Pues es así, las estrategias psíquicas y físicas de des-sensibilización son esenciales en la preparación de los hombres para la guerra. Y esa costra gruesa frente al sufrimiento, ese callo espiritual es lo que se cultiva y lo que se exhibe y, más que se exhibe, se espectaculariza, ante la tropa informal, la mara, la patota, y ante la sociedad también (p. 55).

La crueldad como el modo en el que se despliega un orden establecido sobre los territorios y la materialización del discurso moral contrainsurgente se da mediante la exhibición de los cuerpos de los combatientes. En la lógica paramilitar, por ejemplo, la presencia en determinado espacio es la representación del control y del orden que determinan unos modos de vida restrictivos sobre los sujetos: el dominio sobre los alimentos, las fronteras y el ejercicio de poder sobre las corporalidades consideradas “trasgresoras” del orden heteronormado son solo algunas de las estrategias empleadas para el desarrollo de un proyecto expansivo como táctica de guerra.

Tenían una referencia de uno, los paracos son unos mutila cabezas y usted los veía pintados y nadie se reía con nadie, para que la gente le cogiera ese temor y la gente decía como me le voy a revelar a ese (...) y empiezan a bajar cuerpos desmembrados por el río el río Porce, en Medellín y la gente decía mire esos son los paracos (Entrevista, exparamilitar, 2017).

La exhibición de cuerpos adquiere múltiples connotaciones: forma de imponer un orden, sistema de clasificación o emplazamiento del triunfo y coraje como atributos de virilidad propios de una masculinidad dominante al tiempo que constituyen una especie de dinámicas coreográficas (Parrini, 2016), que dan cuenta de un entramado de representaciones de poder, deseo y violencia; una lógica de exhibición, como práctica que exponen al aire los cuerpos y a su vez configura una atmósfera particular de crueldad, como aparece en el informe de la Comisión de la Verdad (2022), en relación al impacto de las “ambientaciones que producían los cuerpos en los

territorios: ‘la gente no podía ir al río porque en cualquier momento llegaban ellos a matar la gente. O en cualquier momento empezaban a pasar cuerpos cerca de donde estaba la gente bañando o lavando’” (p. 137).

En una de las experiencias de trabajo de campo uno de los entrevistados recreó una escena que en su criterio representa la mayor crueldad: los cánticos que acompañan el entrenamiento físico a su modo de ver “el lavado de cerebro”, el perfilamiento del enemigo y la superioridad como mecanismo fundante de la disposición paramilitar: “Yo quiero bañarme en una piscina, llenita de sangre, sangre subversiva. Soica, soica, el vampiro negro, nunca tuve madre, nunca la tendré, la última que tuve anoche la pique” (Entrevista, exparamilitar, 2017).

La referencia a la crueldad, el horror y las distintas prácticas atroces en torno a la gestión de la muerte en el conflicto armado tiene que ver con lo que Valencia (2010) denominó lo gore, término tomado de un género cinematográfico que hace referencia a la violencia extrema y tajante en donde es común un altísimo porcentaje de vísceras y desmembramientos frecuentemente mezclados con el crimen organizado y los usos predatorios de los cuerpos. Cuerpos concebidos como productos de intercambio que alteran y rompen las lógicas del proceso de producción del capital, ya que subvierten los términos de este al sacar del juego la fase de producción de la mercancía, sustituyéndola por una mercancía encarnada literalmente por el cuerpo y la vida humana, que se logra a través de la violencia extrema (p. 15) como herramienta para sostener unas economías de guerra.

En este sentido, hablamos de *rituales gore* en relación con la existencia de modos diversos de ejercer control y dominio sobre los cuerpos como forma de gestionar la muerte, pues así como lo “normal” en la guerra es morir, lo “natural” es el uso de dispositivos para “administrar” los cuerpos, mediante el despojo, el dominio y la instauración del temor como muestra de la supremacía de unos sobre otros: el arrojamiento de cuerpos al mar o río, práctica conocida como “vuelos de la muerte”<sup>4</sup>; los desmembramientos y afectaciones desde cortes similares al tratamiento de animales con fines “gastronómicos”<sup>5</sup>, y los fragmentos, restos y cenizas (el caso de

---

<sup>4</sup> Como lo registra la arqueóloga María Celeste Perosino en sus trabajos en los que se ocupa de la gestión de los cuerpos durante las dictaduras en el sur del continente.

<sup>5</sup> Estas son algunas de las conclusiones de los abordajes que María Victoria Uribe (2004) plantea frente a las formas como se desplegaba la violencia bipartidista en Colombia. El registro de los denominados cortes de franela y cortes de corbata hacen referencia a prácticas del campesinado similares al corte y manipulación de animales para el sacrificio y la preparación culinaria.

los hornos crematorios en Norte de Santander<sup>6</sup>) no solo representan la muerte física, sino la expropiación de esa forma de vida que arraiga los sujetos a un territorio determinado, a un ideal que fijó sus trayectos vitales.

En tanto prácticas sistemáticas que atraviesan lo discursivo y adoptan unas formas “materiales” de gestión de los cuerpos, los *rituales gore* llevan implícita la figura de la desaparición: “La idea es desaparecerlo, entonces lo matan lo pican y abren un huequito así y ahí lo entierran, quien lo va a conseguir y le echan pasto y ya” (Entrevista, exparamilitar, 2017).

La necesidad de invisibilizar el cuerpo como la representación del cuerpo colectivo de un enemigo y el aniquilamiento como parte de victoria, supone el poder de quien se impone, aquel quien puede decidir sobre los cuerpos ajenos. Así, el silencio, la crueldad y el horror escenifican los repertorios de guerra y el despliegue del aparato ideológico en nombre del orden discursivo-moral, como aparece en las disposiciones paramilitares: “En el intercambio de disparos, pues ahí hubo como dos guerrilleros muertos, y, pero eso como nadie los reporta allá, eso se quedó allá en el monte, se los comieron los chulos por ahí” (Entrevista, exparamilitar, 2017).

Finalmente, es importante destacar que las narraciones expuestas hasta el momento dialogan con lo que Barrero (2011) denomina la trilogía del horror en relación con la producción de (1) *una estética de lo atroz*, descrita en clave de la sensibilidad y performance de los cuerpos a través del exceso como formas de narrar una historia; (2) *la “ética” de la crueldad* y el “valor” dado a las afectaciones, sometimientos y perpetración de los cuerpos con el uso de violencia extrema, y (3) *el cinismo e impunidad*, producto de las normalización, invisibilización o desplazamiento de la responsabilidad desde el argumento del merecimiento del castigo a razón del “desobedecimiento” de un orden social instituido.

La relación entre estos tres elementos no se da de manera casual ni se configura naturalmente, “sino que es el resultado de un largo proceso de construcción histórica mediada por poderosos intereses ideológicos. Es decir, supone una construcción consciente en la que se instala en el hombre-masa una cierta alegría con las atrocidades sobre los otros malos e indeseables” (Barrero, 2011, p. 41). Estos elementos tienen que ver con la relación entre el carácter histórico del conflicto armado y las narraciones y recreaciones que pueden producirse en el presente a partir del relato del horror y crueldad con la que los cuerpos y la muerte han sido “administrados” en

---

<sup>6</sup> La incineración como dispositivo para gestionar los cuerpos en la guerra desde la lógica paramilitar, hace parte de las conclusiones del libro que se titula *Me hablaras del fuego. Los hornos de la infamia*, del Investigador y periodista Javier Osuna, publicado en el año 2015.

contextos de guerra como el vivido en nuestro país en el marco de uno de los conflictos armados más duraderos en el mundo.

### **A modo de conclusiones: reflexiones sobre un abordaje ético de la realidad gore del conflicto armado**

Las reflexiones y análisis aquí consignados y la exposición de relatos que narran la crueldad, el horror y los excesos en el conflicto armado pretenden tomar distancia de aquellos discursos que reproducen referencias amarillistas y rodeadas de morbo en torno a los cuerpos y las relaciones de poder que allí se han instaurado. Por ello, el “uso” de la tanatopolítica como “herramienta” conceptual y contextual para entender las tensiones y pugnas alrededor del cuerpo y la gestión de la muerte en contextos de violencia resulta sugerente en tanto el propósito no es la mera exhibición de una narración cruda, sino la articulación con unas estructuras de poder, sedimentadas desde intereses económicos y políticos a los cuales les resulta “beneficioso” el tratamiento y producción de cuerpos.

Así, los cuerpos se configuran como mensajeros del terror y escenario para la producción de sufrimiento y dolor (Blair, 2005) a través de prácticas rituales sistemáticas y premeditadas que representan réditos desde la gestión de la muerte; es decir, formas violentas para hacerse de capital, que no es otra cosa que la destrucción del cuerpo asumido como producto, mercancía y acumulación que es posible en tanto se pueda contabilizar el número de muertos, pues la muerte se ha convertido en el negocio más rentable (Valencia, 2010, p. 16).

En este sentido, un abordaje ético de las realidades complejas, crueles y de horror vividas en nuestro país supone la articulación de dos elementos: el primero, redimensionar el lugar de los cuerpos en el conflicto armado; es decir, la exposición de narraciones que dan cuenta de que la guerra no se desarrolló solo en relación al uso de armas y la militarización de la vida cotidiana, el narcotráfico, la economía de guerra y la disputa de territorios, sino que además se sustentó gracias a la instauración del poder sobre cuerpos que resultaron “útiles” para tales fines, como un intento de “encarnar” el conflicto y que este no se relate como sucesos lineales desprovistos de dichas corporalidades.

El segundo elemento desde el cual se propone una exploración ética del conflicto y los entramados de los cuerpos se relaciona con la apuesta por la no repetición de los sucesos narrados; es decir, la visibilización del horror con el ánimo de redimensionar el valor que

representan los intentos de construcción de paz como el acuerdo para la terminación del conflicto o el último hito en nuestra historia: la entrega del informe de la Comisión de la Verdad, en donde reposan alrededor de 27268 testimonios recopilados durante casi cuatro años de trabajo (Wberth, 2022).

A, pluralizar las voces que relatan el conflicto e incluir otras categorías de análisis desde la academia (como los estudios sobre el cuerpo y el denominado giro corporal) representan acciones afirmativas que aportan a la reconstrucción de nuestra historia y la posibilidad de transitar hacia otras formas de narrarnos: ya no desde el exceso y el horror, sino desde la paz y la vitalidad que en potencia tiene nuestro país.

Si bien es cierto que a lo largo del artículo se han esbozado algunos apuntes para pensar la producción de corporalidades en contextos de conflicto armado, específicamente en hombres combatientes, y se ha recurrido a la mención de la violencia, el horror y la crueldad, es importante resaltar las posibilidades de agencia y autonomía que han coexistido en los escenarios de producción de masculinidades militarizadas; es decir, la no reducción de los sujetos a meras maquinarias de guerra, pues de ser así estaríamos frente a una doble deshumanización: la que la economía de guerra ha perpetuado y la que desde nuestras lecturas y abordajes podríamos estar reproduciendo.

## Referencias

- Aranguren, J. (2007). Construcción de un combatiente o el desdibujamiento del sujeto en la guerra. *Maguaré*. (21). <https://revistas.unal.edu.co/index.php/maguare/article/view/10404>
- Barrero, E. (2011). *La estética de lo atroz*. Ediciones Cátedra Libre.
- Blair, E. (2005). *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Cabra, N., & Escobar, M. (2014). *El cuerpo en Colombia. Estado del arte cuerpo y subjetividad*. Universidad Central.
- Canal Capital (2022, junio 28). Presentación del Informe Final de la Comisión de la Verdad [video] [https://www.youtube.com/watch?v=rPZao0rSV\\_4&t=3187s](https://www.youtube.com/watch?v=rPZao0rSV_4&t=3187s)
- Castillo, S. (2015). Una mirada sobre el giro corporal en Colombia. *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, 10(1), 8-15. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cma/article/view/13542>

- Castro-Gómez, S. (2007). Michel Foucault y la colonialidad del poder. *Tábula Rasa*, (6), 153-172. <https://doi.org/10.25058/20112742.290>
- Comisión de la Verdad. (2022). *Cuando los pájaros no cantaban. Historias del conflicto armado en Colombia. Tomo testimonial*. Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. <https://www.comisiondelaverdad.co/cuando-los-pajaros-no-cantaban>
- Esposito, R. (2006). *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Amorrortu Editores.
- Foucault, M. (1975a). *Los anormales*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1975b). *Vigilar y castigar*. Siglo XXI Editores.
- Neira, A. (2021). Masculinidades insurgentes: El grupo armado como tecnología de género. *HYBRIS. Revista de Filosofía*, 12, 11-44. <http://dx.doi.org/10.5281/zenodo.5544262>
- Neira-Cruz, A. & Castillo-Olarte, A. (2020). “Hombres de verdad”: urdimbres y contrastes entre masculinidades paramilitares y farianas. *Nómadas*, (53), 123-139. <https://doi.org/10.30578/nomadas.n53a7>
- Osuna, J. (2015). *Me hablarás del fuego. Los hornos de la infamia*. B de Bolsillo.
- Parrini, R. (2016). *Falotopías: indagaciones en la crueldad y el deseo*. Universidad Central-IESCO – Universidad Nacional Autónoma de México-PUEG.
- Perosino, M. (2011). Tanatopolítica. Una aproximación a la administración de la muerte; De Foucault a Agamben. *Observaciones Filosóficas*, (12). <https://www.observacionesfilosoficas.net/tanatopolitica.htm>
- Segato, R. (2013). *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Territorio, soberanía y crímenes de segundo Estado*. Tinta Limón.
- Segato, R. (2019). ¡Ningún patriarcón hará la revolución! Reflexiones sobre las relaciones entre capitalismo y patriarcado”. En K. Gabbert & M. Lang (Eds.), *¿Cómo se sostiene la vida en América Latina? Feminismos y re-existencias en tiempos de oscuridad* (pp. 33-50). Fundación Rosa Luxemburgo – Abya-Yala.
- Uribe, M. (2004) *Antropología de la inhumanidad*. Editorial Norma.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo gore*. Melusina.
- Wberth, E. (28 de junio de 2022). Este será el ABC del informe final de la Comisión de la Verdad. *Radio Nacional de Colombia – RTVC*. <https://www.radionacional.co/actualidad/paz/informe-final-de-la-comision-de-la-verdad-que-contendra>